

África, un continente para no olvidar

El 1 de enero de 1960, Camerún se convertía en un país independiente. Aquel año, conocido en la historia contemporánea como *año de África*, otros 16 territorios lograron su soberanía política. Dejaban atrás un pasado colonial que se había iniciado con la Conferencia de Berlín, celebrada en la capital alemana entre noviembre de 1884 y febrero de 1885, y en la que las potencias europeas se habían repartido el continente.

Han pasado cincuenta años. Aquel continente formado por colonias europeas ha pasado a ser hoy un conjunto de 53 naciones independientes –todavía queda por resolver el caso del Sahara Occidental–, reunidas entorno a un organismo común, la Unión Africana, y con diversas asociaciones políticas, económicas y comerciales a nivel regional. Medio siglo después, África tiene la madurez suficiente para tratar de tú a tú a sus antiguas potencias coloniales, como sucedió en la Cumbre de Lisboa en septiembre de 2007, y se ha abierto incluso a otros continentes, como lo demuestra la cumbre Sudamérica-África celebrada en Venezuela en septiembre del año pasado (y de la cual hicimos eco con un reportaje en la revista de enero). Des-

afortunadamente, después de la generación de los llamados *padres de la patria*, la falta de líderes capaces es una realidad en muchos países africanos, con consecuencias nefastas para la vida de los ciudadanos, el desarrollo socioeconómico y cultural, los derechos humanos fundamentales, la paz... Actualmente persisten también grandes retos para enfrentar con determinación, con el apoyo solidario de toda la humanidad: el hambre, las guerras civiles, los conflictos internos y étnicos, las desigualdades socioeconómicas dentro de los

países, el saqueo de los recursos naturales por las multinacionales, los niños soldados, el flagelo del sida, etcétera.

El continente cuna de la humanidad posee un patrimonio cultural y humano riquísimo. Tiene también muchos recursos naturales y una gran riqueza espiritual. San Daniel Comboni, fundador de los Misioneros combonianos, dedicó su vida a los africanos. Por ellos luchó y en suelo sudanés murió, con 50 años, como obispo del África Central. Soñaba, como un gran profeta, con un continente para Cristo y que los africanos fueran protagonistas de su propia historia y evangelización. La Iglesia, efectivamente, se desarrolló en esas tierras y es ahora viva y pujante, como se percibió en el Sínodo sobre África realizado el año pasado.

No deseamos que África sea un continente olvidado. Los medios de comunicación generalmente no hablan de sus tragedias cotidianas ni narran sus esfuerzos e iniciativas de liberación. Por eso, como revista misionera, y para celebrar los 50 años del proceso de las independencias de África hemos elaborado este número especial. Podemos encontrar datos estadísticos, gráficos, artículos y reportajes sobre la

situación del continente en el ámbito social, económico, religioso y eclesial.

El continente africano no necesita de limosnas o conmisericordias; sin interferencias interesadas de empresas multinacionales y países, tiene capacidades, recursos y potencialidades para construir su propia historia. Basta que la humanidad tome en serio los pueblos africanos, los respete y les permita colaborar, en igualdad de circunstancias, en la construcción de un mundo que busque el bien común, por caminos de justicia, solidaridad, fraternidad y espiritualidad. ■



El continente cuna de la humanidad posee un patrimonio cultural y humano riquísimo. Tiene también muchos recursos naturales y una gran riqueza espiritual.